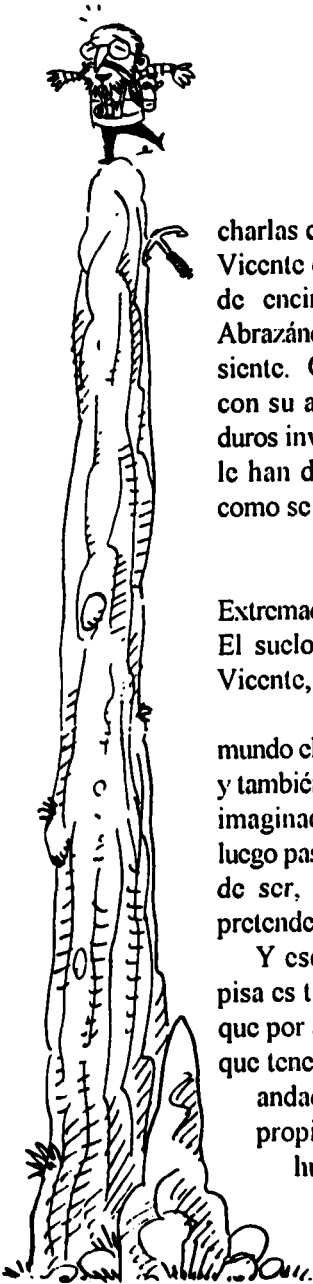


# Los ímpetus de las cosas

Por Luis Ayora Catalán



Voy mucho a El Escorial, a su magnífica biblioteca, recuerdo las charlas con el erudito padre bibliotecario, sin olvidar las que tengo con Vicente cuando voy a Colmenarejo. Hay un inmenso encinar, millares de encinas, luego los embalses. Esas encinas... estas encinas! Abrazándose a ellas qué sensación de eternidad, de fijeza y de solidez se siente. Qué auxilio proporciona la gran dureza de su tronco retorcido con su agreste corteza y cómo se adivina su vida entre celliscas en los duros inviernos y abrasadores veranos castellanos que han sido los que le han dado esa fortaleza y al mismo tiempo esa humildad para vivir como se puede.

Es Vicente un pastor trashumante que lleva los borregos desde Extremadura a los altos de León pasando Gredos por el Puerto del Pico. El suelo está lleno de bellotas y de huellas de *jabalines* como dice Vicente, que por cierto tiene un andar... que para seguirle es ello.

Habla y no para y su conversación no tiene desperdicio. ¡Qué mundo el suyo!, basado todo él en aquello que pisa, que huele, que ve... y también que imagina, porque estos hombres tienen *magin* y por tanto imaginación, porque todo a su alrededor son imágenes sensitivas, que luego pasan a su racionalidad, a su espiritualidad también. ¡Cómo debe de ser, caramba!, que no nos lo den todo hecho como hoy día se pretende.

Y ese hombre, que hay que ponerle una H mayúscula, todo lo que pisa es tierra mollar o de sierra dejando huella a su paso, deja impreso que por allí ha pasado todo un hombre y con muchas agallas como hay que tener para realizar todo lo que él realiza. Habla, y no para, de sus andaduras, de la Mesta, de las trifulcas entre pastores y propietarrios de las fincas colindantes. Humana cuestión de la humana historia, entre el pastor y el labrador que es el que pone las alambradas, el que impide que los pastos sean comunales, siendo el que funda las ciudades. Pastores adoraron al Señor en la ciudad donde Cristo recibió

muerte afrentosa.

Me cuenta las noches pasadas al raso, con el cielo estrellado. Me habla de los fríos intensos de la Meseta, por qué aquí los llanos son llanos-cumbre, de los mendrugos de pan, de las fogatas, del olor y el calor del ganado, de un perro que tiene que llaman Moro y que no le falta más que hablar y que yo atestiguo. Del queso que hacen ellos mismos con cuajo natural, de los trasiegos de mano en mano de la bota llena de vino tinto y áspero de Ávila, de los ordeños, de los pastos y de los partos llevando ellos a cuestras las crías. Del acoso de los lobos...

Es una gloria oír hablar a Vicente, con ese castellano tan sobrio, tan pegado a la tierra que recoge todo su ser y recorrer esos encinares vadeando algún que otro arroyo, con los fresnos arraigados a sus orillas, el viento cimbreando sus altas y flexibles ramas y contemplar la ingente mole granítica de El Escorial cuando se llega cerca del segundo embalse.

Una manada de *jabalines* corre con sus crías de la última camada. Cuando llegaron a la presa en tropel, los padres iban detrás pero todos llevaban los rabos bien apretados al agujero del culo para que no les entrara el agua al atravesarla.

Y ahora sé cuántas clases de tomillos hay; que si el perruno, que si el santónico, que si el salsero...

¿Pero a quién, en estos tiempos que corremos, se le puede contar todo esto?

A la vuelta iba conduciendo el coche y me gritaron: *¡A ver si te jubilas! Y pensé: Pero si ya me han jubilado. ¿Es que me tienen que jubilar del todo? ¿Que ya no puedo hacer nada? Éste, por lo pronto, me dice que no conduzca el coche. ¿Por qué, si voy por mi derecha a buena marcha, guardo el código, no paso en rojo los semáforos y paro en los pasos de peatones cuando están pasando? Además, juego al tenis, nado y...*

Esto es una de las cosas que no comprendía. Aunque luego me miré al espejo y vi la cara de viejo que tenía. ¿Cómo podía compararme a aquél chaval, tan moreno, con aquella vitalidad, sorteando coches raudo que daba gusto verlo? Era un polinomio que en los jóvenes son todos términos positivos, mejor dicho, sugestivos, por ser irracionales y en los viejos sólo convencionales, llenos de raciocinio.

Lo cierto es que, aun diciendo lo que dijo y yendo a la velocidad desenfadada que iba, sorteando coches a derecha e izquierda, nunca le hubiera maldecido diciéndole: *¡A ver si te matas!*

Y es que amo la juventud. ¡Jamás renuncié a ella! Pienso que con la *manga ancha* que hay en todo, si no lo hacen los viejos no es precisamente por ser mejores, sino porque tienen canguelo en partirse la crisma. Muy fácil es ahora pregonar la virtud cuando ya no se puede delinquir.

Descamos el mujerío sin poder ir con mujeres, nos gusta el vino y no bebemos por tener el hígado hecho puré. Y no fumamos porque los bronquios son un colador...

Cuando me jubilaron estaba repantingado en un banco de madera de la ancha avenida y con una garrucha que no paraba de girar bajando muebles desde el ático donde había vivido con ansias de vuelo.

Iba a hilvanar mi vida en el punto mismo en que la dejé prendida a su marcha. Y es que la biología quiere analogía y las células están en un regazo cuando no hay rechazo...

Dos puntos neurálgicos trazaría mi vida. El frío y nieve de Gredos y Guadarrama, las altas mesetas donde se siente uno *hijo de siglos, de pasión, cristiano y cristiano español* y el suave aire hidratado del Cantábrico.

Y en ese ir y venir residiría la piedra de molino que movería mi vida. Mi drama estaba ahora en que no entendía cuando empleaban palabras con un desajuste lingüístico total; como cuando decían *hacer el amor* con lo que luego hacían y lo que más me encocoraba era el uso de la palabra *libertad*. Una palabra tan hermosa que amaba con todas las fuerzas de que disponía. al ser buen castellano.

Recuerdo aquellos Municipios Abiertos, donde no había más límites que los de la ética, protegiendo a los hombres de menor *guisa* contra el despotismo. Recordaba cómo se ennoblecía en mi tierra al rural, buscando la nobleza en la acción noble. Recuerdo los asentamientos libres en las anchas mesetas por *pressura*... He leído que Santa Teresa dijo que *la libertad del hombre está en la ausencia de pecado* y ahora se usa para ejercerlo.

No entendía tampoco eso de los derechos humanos sin llevar pareja la obligación alicuota, como cuando se decía *nobleza obliga*. Una cosa es legislar para salvar al hombre de una injusticia social y otra no tener la misma ansia legislativa a favor de aquel que por sus virtudes y méritos se destaca y no tratar de ignorarle, que es lo que se hace ahora, para conseguir el mito de la igualdad.

No quieren considerar ahora el talento intelectual y científico, la delicadeza, el amor a la patria, la honradez, el honor, la familia, la palabra dada, la fidelidad, el espíritu de sacrificio, el sentimiento religioso (que, como decía Ortega y Gasset, *si no*

*se tiene es como si nos faltara el rudimento del tercer párpado*). Y estás negaciones eran la que a este jubilado le traían a mal traer.

En realidad, no me veo metido en esa papilla amorfa, balanceada de un lado a otro en una locura colectiva. A la pintura con unos garabatos le atribuyen unas expresiones que no encuentro por ninguna parte, aunque me lo expliquen metafísicamente, no veo que aquello sea un perro y no sé si indignarme o reírme. El teatro es dar saltos y gesticular, a veces en porreta, y la *fauna léxica*, con la palabra soberana, no aparece por ningún sitio.

Todo está revuelto y mezclado. Un saco donde todo cabe confundido y por eso este jubilado no sabe dónde se encuentra. No puedo orientarme y saber dónde está mi libertad para tener la vista libre y ver dónde están los puntos cardinales, si es que no los ha cambiado la televisión.

A pesar de estos desajustes con que me enfrento, mi sedimento ancestral, el paisaje sigue eterno. Siendo el paisaje el que genera al paisanaje, al hombre del país y al lenguaje y a su patria, estoy en los paisajes castizos, donde suena soberana mi lengua, y por ello me encuentro ahora a las mil maravillas.

Recuerdo unos versos que escribió un buen amigo cuando me jubilaron, que decían así:

*Andarín e incansable caminante  
este ejemplar cántabro-montañés  
más castellano que leonés  
y con más lenguas que Rocinante.  
Y no hay Monasterio, paisaje o humilde aldea  
que este peregrino no vea y alardea  
de haber hollado sus valles...*

*Y para ir a vivir tu áurea tercera edad  
has escogido la Complutense Alcalá  
que con su Universidad sigue siendo, como antes,  
por los siglos de los siglos la patria de nuestro CERVANTES.*